

renidad del mar, en vano busqué, con avidez, sobre las ondas tranquilas, las veletas de los templos de Is, pero, en cambio, oí los clamores de sus campanas melancólicas, los mismos que Renán, en su vejez, escuchaba como

voces de una lejana Atlántida perdida...

CORNELIO HISPANO

Port. Blanc.. 30 de setiembre de 1924.

Fragmento del tomito "Ensayo sobre el Destino"

Un concepto interesante de la projiudad

PERO NO es fuerza acudir a la historia ni a la poesía para encontrar comprobaciones de nuestra tesis: en su propia vida, o en la vida de las gentes que le rodean, hallará cada uno ejemplos para convencerse de que la fatalidad, el Destino, no anda fuera de nosotros sino en nosotros; que lo lleva cada uno consigo, y que, como aquella túnica de Neso, que abrasaba con su fuego invisible, no podemos arrancarle de nosotros sin que se nos lleve la carne a pedazos. En uno, con uno, incorporado en uno, va el ojo exacto del Destino: ciego o inatento a la ventura que *que no nos corresponde*; abierto y acucioso para asir el instante, el modo y el suceso que han de procurarnos la expiación. ¡Son tantos los ejemplos!... Este, tronchó su porvenir, *por nada*, por una frase dura que le dijo su padre, y le impulsó a irse del hogar. Aquel, se unió a la mujer que le hizo desgraciado, *en una hora de aturdimiento*, sin amarla, en verdad. El otro, abandonó la posición que había alcanzado, por la *rara ocurrencia* de que era en su país y no en otra parte donde él había de triunfar. Uno rompió con el amigo querido, por una disputa impertinente sobre cosas que, en verdad, *eran de poca monta*. Otro dejó a la elegida de su corazón, ya cuando iban a unirse, porque se negó ella a darle gusto *en no sé qué nimiedad* de atavío y de colores. Un tercero, *en una hora de orgía* con amigos, fué al lenocinio donde le enfermaron para siempre. Otro más, fué asaltado y robado, por confiarse a quien todos—*todos menos él*—sabían indigno de confianza. Y un último, en fin, *por amor de la paz*, se dejó dominar y oprimir, y llevó una existencia colmada de amargas.

Todos, *por nada*, por cosas triviales y sencillas, (claramente lo vieron más tarde) por un guijarro que estaba en el camino.

Un miserable obstáculo, una pequeña piedra en el camino. Pero no; antes que ellos, y después de ellos, diez, cien, mil viajantes transitaron

aquel camino, y no tropezaron en la piedra: unos, pasaron apartándose; otros, saltaron por encima; otros, la echaron a un lado con el pie; otros la recogieron, y se sirvieron de ella para desprender la fruta del árbol, o para espantar al animal bravío que les amenazaba.

¿Quiénes tropezaron? Los débiles, los ciegos, los inadvertidos, los alocados, los impetuosos, los vacilantes, *aquellos que debían tropezar*, aquellos que llevaban en su contextura cerebral y anímica el germen de aquel tropezón: *la ceguera mental nativa, que al encontrarse con el obstáculo, con la piedrecita ocasional, ha de originar un error, exactamente como el cartucho de dinamita al chocar con el suelo, habrá de originar una explosión.*

* *

Nuestros semejantes, padres, hermanos, hijos, parientes, convecinos y compatriotas, cuantos entretejen la malla de su vivir con la nuestra, y de quienes recibimos sinsabores y amarguras, traiciones y desengaños, ruina y esclavitud, no son sino piedras ocasionales en la senda de nuestra peregrinación; circunstancias y eventualidades, contra las cuales el Destino nos llevará a estrellarnos, *no ciega y arbitrariamente* y por complacerse en nuestro daño, sino *justiciera y necesariamente*; puesto que el explosivo, la causa, va en nosotros, es creación de nosotros; y en un camino donde hay piedras, rocas, muros, hondonadas y otros mil obstáculos, es imposible que no choque y no estalle contra alguno de ellos, *aquel que anda ciego* y lleva consigo un explosivo. En cambio, el que va libre de ceguera y de explosivos, *no tropezará ni estallará*, y si tropieza, nunca será de modo que se arruine o perezca. Su choque será un contratiempo, una molestia, nunca una catástrofe.

¿A qué, entonces, el rencor implacable contra nuestros prójimos, porque en ellos tropezamos y caímos, si no son, al cabo, más que *instru-*

mentos del Destino. escollos que la Justicia utiliza para nuestro castigo? ¿Por qué, en vez de «no perdonaré nunca a ese infame» no decir. «le perdonaré, porque no supo lo que hacía?» Y aun mejor, «le doy gracias, porque él abrió salida al mal que estaba en mí, dando ocasión a que yo me purificara por el sufrimiento?» Tal como no execramos al cirujano que nos desgarras las carnes, para extraer el tumor que nos envenena y nos mata...

¿Que sería extremada virtud sentir y obrar de esa manera? Sin duda, y como tal, *como suma de perfección*, la enseñó quien nos dijo: amad a vuestros enemigos, y rogad por los que os persiguen y oprimen.

Y verdaderamente, sería grande y justificada piedad compadecer más a quienes más dolores nos causan, pues la malla que une y entrelaza los destinos individuales es tan complicada y sutil y enmarañada, que no hay manera de tocar uno solo de sus hilos sin que se conmueva y agite la urdimbre toda. Aquél mismo que, martirizándose, fué instrumento de mi castigo, simple cuña en el potro de mi tormento, o hierro candente para cauterizar mi llaga, como no lo hizo movido de amor sino de odio; no por curarme, sino por ofenderme; no pensando en ser ejecutor de la justicia, sino en servicio de sus negras pasiones; aquél mismo, en cada ofensa que me infiere, en cada grito que me arranca, *está siendo víctima de su propio Destino*: el virus que inficiona su ser, adquirido en vidas anteriores por causa de sus iras y malicias, *está obrando en él*, dando sus naturales frutos: *iras y malicias*. Y lo peor, lo más trágico para él, es que, ejercitando en mí su odio y su malicia, no sólo no se está curando de ellos, sino que *los está aumentando y acrisolando*: es decir, está sembrando ya desde ahora, de abrojos y de lágrimas, el camino de su vida futura, y aun el de esta su existencia presente, de tal guisa, que si yo fuera capaz de videncia y ecuanimidad, habría de compadecerle más cuanto más daño me hiciese; puesto que *yo sé, yo veo*, cómo en ese mismo instante en que me ofende, se forma y condensa sobre su cabeza la tempestad de sus venideras desventuras.

Escándalos ha de haber por fuerza en el mundo, dice Jesús, y es necesario que los haya. Pero ¡ay de aquel que cometa el escándalo!

ALBERTO MASFERRER

